

## ***Requerimientos Intrínsecos de la Pesquisa Social y Responsabilidad del Investigador***

*Por Oscar URIBÉ VILLEGAS,  
del Instituto de Investigaciones So-  
ciales de la Universidad Nacional  
Autónoma de México.*

**F**ILOSOFIA, *Filosofía Social y Ciencia Social*.—Es afirmación corriente —que José Medina Echavarría examina en su *Sociología: Teoría y Técnica*—, el que la sociología atraviesa por una crisis que, según los diversos autores, tienen orígenes y caracteres diversos, ya que se le ha considerado en una de las tres formas siguientes:

1. como crisis particular,
2. como época crítica,
3. como crisis de jurisdicción temática.

Quienes caracterizan en una de estas tres formas la crisis sociológica, piensan que:

1. O bien la crisis particular de la sociología responde a una crisis general por la que atraviesan todas las ciencias en el momento actual, o
2. la época crítica corresponde a un proceso de desarrollo propio de esta ciencia o, finalmente, que
3. la crisis de jurisdicción temática se refiere a la falta de definición de los objetivos de la sociología.

Frente a estas tres posibilidades de explicación, Medina Echavarría indica una cuarta, trinomial, formada por las tres anteriores, ya que: *en primer lugar*, puede hablarse de una crisis general de todas las cien-

cias, puesto que ciencia es un intento de racionalizar la realidad y, en nuestro siglo, la misma racionalidad ha entrado en crisis ya que, en tanto que en el siglo XVIII llegó a deificársela (hasta convertirla en una Diosa-Razón encarnada, objeto de incipiente culto), en el XX se le vuelve la espalda, aumentando en número y en fuerza los tirones en sentido contrario (bergsonismo, intuicionismo, sartrismo, etc. ); *en segundo término*, es posible hablar de una crisis de crecimiento en el caso de la sociología porque, tras una consideración retrospectiva, puede depurársele y reorientársele en el futuro proponiéndole metas y señalándole los medios o métodos necesarios para alcanzarlas; *en última instancia*, es permisible la referencia a una crisis sociológica dependiente de una falta de delimitación en el objeto de estudio de la sociología, ya que, por tal falta de demarcación, a menudo se le confunde con la filosofía, manteniéndose en la situación equívoca subrayada ya por Morris Ginsberg, y la cual depende de que la sociología es considerada como insuficientemente filosófica para los filósofos y como insatisfactoriamente científica para los científicos.

Medina Echavarría hace ver que “la sociología nunca satisfará al filósofo cuando éste pregunte: *¿qué es lo social?*” pues la contestación de una ‘determinación ‘esencial’ queda por encima de lo que el sociólogo puede ofrecer con sus métodos, siendo —en este sentido— siempre superficial para el filósofo” O sea, que así como no incumbe a la biología decir *qué es la vida*, no incumbe a la sociología decir *qué es lo social*. Postura ésta que es, asimismo, la defendida por Cuvillier, por Sicard y por un grupo de sociólogos franceses empeñados asimismo en la delimitación de fronteras entre lo social científico y lo social meta-científico; postura cuya validez es implícitamente reconocida por quienes, como ocurre en el caso de Araujo Valdivia, no dudan en denominar un trabajo suyo acerca de lo social, *Metafísica Social* (que hace buscar el contraste con la *Física Social* comtiana), así como también por quienes, según ocurre con Furfey, llaman a estudios suyos que desbordan el campo estrictamente científico de investigación de lo social, *Metasociología* o por quienes, como ocurre con Bouthoul hacen mención del término y examinan sus problemas en su *Traité de Sociologie*. Estas distinciones entre la consideración científica y la filosófica de unos mismos objetos —dicho sea de paso —salva de una mezcla que haría que perdiesen valor ponderal relativo (en cuanto juzgadas con criterio ajeno a su naturaleza), o que fuesen expulsadas del campo del conocimiento, observaciones y ge-

neralizaciones que encuentran refugio en esas *meta-disciplinas* de tipo de la metalingüística de Benjamin Whorf.

Conforme a tales criterios distintivos, si esa determinación de qué es lo social corresponde a la filosofía, como le corresponde asimismo decir qué es lo vital, es a ella a quien toca delimitar el campo de lo sociológico, fundamentar las pretensiones de validez de la ciencia respectiva y ver la adecuación de los métodos empleados con respecto al objeto por estudiar,

En efecto, las relaciones entre la filosofía y la sociología pueden plantearse en los siguientes términos:

- 1<sup>º</sup> La filosofía es delimitadora del objeto de estudio de la sociología.
- 2<sup>º</sup> La filosofía es rectora de la sociología en cuanto a: elección de métodos, valoración de generalizaciones.
- 3<sup>º</sup> La filosofía estudia las causas remotas, en tanto la sociología estudia las causas próximas.
- 4<sup>º</sup> La filosofía estudia no sólo el Ser, sino el Deber Ser de las cosas, o sea, que mientras la sociología es fáctica en cuanto dice *cómo es lo social*, la filosofía social es normativa en cuanto no sólo dice *qué es lo social*, sino *cómo debe ser lo social*.

Sólo en función de las dos primeras relaciones apuntadas entre la filosofía y la sociología, puede aspirar la sociología a ser científica, ya que, para que haya ciencia, es preciso que, a más de un sujeto cognoscente, exista un objeto por conocer al través de un método de conocimiento que entregue una serie de verdades parciales por integrar en una verdad total y filosófica mediante ordenación, sistematización, generalización y predicación de validez, y lo social *qua* social y objeto de estudio de una disciplina particular no existe en tanto no se ha dicho *qué es lo social*, tarea de determinación de las esencias que corresponde a la filosofía pero que, en función inicial de mostramiento puede realizar el sociólogo señalando cuáles son las que considera como manifestaciones de eso social cuya calidad más profunda y esencial ha de tocar solamente al filósofo desentrañar. De otra parte, en tanto no se haya dicho *qué es lo social* —así sea a título provisional o de mostramiento—, no podrá haber ni habrá sujeto cognoscente de lo social, por cuanto la relación del conocimiento es una co-determinación del sujeto cognoscente por el objeto que se conoce y de éste por aquél. Además de esto, la adecuación del método al objeto no puede juzgarse si falta una pre-visión iluminadora

de lo que la verdad sea y de las vías para alcanzarla, así como también será imposible la valoración de las generalizaciones obtenidas mediante el estudio de las manifestaciones sociales si falta el criterio de la verdad que sólo la filosofía puede proporcionar.

Es asimismo de particular importancia la delimitación jurisdiccional de las causas que corresponden al estudio filosófico y de aquellas otras cuyo estudio compete a la ciencia (en este caso particular, a la sociología), asignando las próximas a la ciencia y las remotas a la filosofía, principalmente en cuanto por "remotas" entendamos las causas primeras (Dios, el Ser, etc.). Pero la relación de proximidad o lejanía de las causas importa no sólo en este primer sentido, sino en su más común significación ya que, en el ámbito de la imputación causal, si hay algo que haya traído descrédito a la teoría de la causalidad ha sido el descuido con el que se ha visto la necesidad de observar el grado de proximidad que debe existir entre la causa y el efecto. Es así como, al quedar suprimido en la relación mediata el elemento conectivo, lo que se obtiene es una imputación causal que no puede menos que calificarse de gratuita y que en algunas ocasiones puede ser y en otras no, imputación causal válida. Por otra parte, esa misma falta de precisión en el vínculo entre causa y efecto, da pie para una crítica según la cual, en última instancia, todo es causa de todo.

De este modo, la única forma de salvar el obstáculo parece consistir en construir, siempre que ello sea posible, cadenas causales continuas, en cuanto continuo signifique ajeno a la falta de eslabones conectivos, y, para conseguirlo en forma rigurosa y segura, nada mejor que aplicar la regla dada por Sicard, de proceder siempre por grados de proximidad marchando siempre del centro (fijado en el presente sociológico) hacia la periferia, en alejamientos progresivos, cuya lejanía estará condicionada por el adelanto logrado en la rama particular de conocimiento de que se trate. Además, mediante este procedimiento y en un proceso re-constructivo, pueden ponerse de manifiesto las relaciones entre las diferentes causas, entre éstas y sus respectivas causas y, gracias a ello, apreciar el diverso peso específico de las mismas, reconstruyendo con ello el proceso de cambio concebido como una sucesión de estructuras funcionalmente ligadas.

Finalmente, requiere glosa la última relación entre filosofía y sociología por cuanto, si bien es verdad que, como ocurre en general en el caso de enfrentamiento de la ciencia y la filosofía, es preciso reconocer que mientras a la sociología le compete el estudio de los hechos sociales (y

ya Durkheim insistió suficientemente sobre ello) en tanto que el estudio de los valores es de jurisdicción filosófica, no es menos cierto que, en el caso de la sociología, precisa hacer ulteriores aclaraciones ya que los valores y las normas en cuanto hechos surgidos de la vida social y en cuanto orientadores o en cuanto cauces —generalmente constrictivos— de la vida social, corresponden asimismo, como objeto de estudio, a la sociología, en cuyo campo, más que en ningún otro, se da la fecunda interpenetración dialéctica del ser y del deber ser según corresponde mostrarlo muy especialmente a la sociología del derecho o a la sociología política.

La importancia que tiene atender al estudio de los valores de un grupo social adquiere toda su significación en cuanto se reflexiona en la forma en que la existencia y la solución de un problema sociológico dependerán en gran parte de la existencia de ciertos y particulares valores de grupo (o, más precisamente, de ciertas y determinadas matrices valorativas) que *en su calidad de hechos sociales* y no en un nivel diferente de abstracción, corresponde estudiar a la sociología en cuanto determinantes, configurantes, contribuyentes o simplemente influyentes en la aparición de la problemática realidad con la que el investigador y el político social se enfrentan, y en cuanto determinantes, configurantes, contribuyentes o influyentes futuros que considerar en el delineado de las soluciones que para dicha problemática realidad hayan de proponerse.

Reconocer la importancia que los valores —en cuanto hechos sociales— tienen dentro de la problemática social, nos lleva, en el campo de la sociología del conocimiento, a una comprensión más plena de uno de los componentes críticos de la problemática actual de nuestra disciplina ya que, en efecto, la crisis representada por la actual desconfianza hacia la inteligencia depende, en buena parte, de que la inteligencia —se afirma— no ha contribuído a realizar los valores humanos.

Aún en caso de que prescindamos de la lógica bi-valorizante más corriente y de la psicología de la impaciencia propia de la masa incapaz de apreciar toda la riqueza de esa gama espectral constituida por todos los esfuerzos impartidos, en gestación, abortados, en desarrollo, en proceso de maduración, fecundos, caducos, de la inteligencia, y aun cuando acailemos, así sea por un momento, el hambre de la masa estulta que sólo se nutre de resultados, no podremos menos que reconocer que la inteligencia no se ha realizado plenamente en su posibilidad de servicio humano y ello, en considerable proporción, porque trabajando en un artificioso vacío axiológico, convertida en libertina, ha seguido construyendo problemas y resolviéndolos sin referirse una y otra vez a la realidad humana,

axiológicamente impregnada, de la que el Problema de la Ciencia en cuanto problema, depende, y a la que las soluciones se han de aplicar.

Esto plantea el problema de la responsabilidad de la inteligencia que quizás alguien pensara no es del caso traer a cuento aquí en cuanto aquí se trata —como de problema central— de la pesquisa social y la pesquisa social parece apuntar principalmente hacia técnicas de investigación necesitadas de ser coronadas por el éxito indagatorio. Pero es precisamente en función de este éxito como debe valorarse —en esta conexión— el que se considere cuál es la responsabilidad que se reclama de la inteligencia; en efecto, la desconfianza frente a la ciencia, sus posibilidades y sus logros, seca de raíz cualquier investigación que pretenda realizarse o que, aparentemente, se realice, en especial si dicha investigación es una pesquisa social.

La pesquisa social es, fundamentalmente, una forma de relación social que el investigador debe de encargarse de hacer tan inter-*personal* como sea posible ya que, sólo en el grado en que logre marcar ese acento de inter-personalidad, la investigación misma se vitalizará y fecundará; pero no debe olvidar nunca el investigador que, en más o en menos, e independientemente de sus características más acusadamente personales, es un “funcionario”, en cuanto realiza la función indagatoria sociológica; consecuentemente, debe percatarse de que la evaluación que de él hagan él o los investigadores dependerá del valor que los mismos concedan a la investigación, y de la forma en que ellos crean y esperen que ya sea esa investigación concreta o la investigación científica en general habrán de repercutir en sus vidas y resolver, dejar insolutos, o agravar sus problemas.

De la forma en que se entienda la misión de la razón y sus modos de realización, así como de la manera en que el científico y el investigador entiendan su responsabilidad, dependerá en muy buena parte el éxito no sólo de las investigaciones que en el presente se realicen, sino de las que en el futuro hayan de realizarse. Probablemente no haya quien deba precaverse más de crear estereotipos contrarios a la investigación que el investigador social, ya que de ello ha de responder frente a los demás investigadores sociales, cuya labor en tal forma dificulta o impide, y frente a la humanidad que de tal modo ve cegado uno de los cauces utilizables para la realización de los valores; responsabilidad gremial de repercusión técnica, y responsabilidad social de repercusión humana.

Pero así como el investigador social deseoso de obtener éxito en su pesquisa no debe desatender en sus repercusiones —tanto inmediatas

como mediatas— a ese primer término de la relación social que es él mismo dentro de la pesquisa social, no es menos indispensable que atienda al otro término de dicha relación, o sea, al investigado en quien, al través de toda la pesquisa es preciso combatir los prejuicios que en contra de ella y de sus posibilidades tenga, y en quien es necesario asimismo desarrollar una actitud favorable, no sólo cooperativa sino interesada frente a la misma.

De ahí que, si se quiere realizar con éxito una investigación social deba enténdersela como una relación social gracias a la cual el investigador se informa, y forma —en sentido educativo— al investigado.

Esta formación del investigado por el investigador dentro de la pesquisa sociológica debe orientarse, fundamentalmente, en el sentido que venimos indicando a lo largo de estas líneas, o sea, en un sentido combativo de la desconfianza hacia las posibilidades y logros de la razón mediante un procedimiento que equivalga, en cierto modo, a poner las cartas sobre la mesa; procedimiento que equivale a delinear así sea burdamente y en el nivel de comprensión asequible al investigado cuáles son los fundamentos, técnicas y finalidades de la investigación creando en él, hasta donde sea posible, la mentalidad probabilística que el estado actual de nuestros conocimientos impone al investigador mismo, haciéndole comprender el grado más o menos amplio en que cualquier previsión hecha con base en la pesquisa realizada quedará sujeta necesariamente a márgenes de contingencia más o menos amplios según el problema concreto de que se trate, y la forma en que la solución de esos problemas no debe concebirse y esperarse como dádiva providencial, sino como algo que en su producción dependerá en buena parte de las decisiones que el investigado y quienes como él y con él participen en el problema social de que se trate adopten frente al mismo, por ser como es lo social terreno en el que si bien la causalidad obra (en cuanto el hombre está sujeto a las influencias de un medio físico y de una herencia biológica en su calidad de ser vivo insertado en el mundo natural), no es menos cierto que el mismo campo de lo social corresponde también al ámbito de la libertad en el que las decisiones sociales juegan por mucho.

O sea, que si la pesquisa social —con sus técnicas crecientemente refinadas— ha de tener éxito, deberá concebírsela, según hemos indicado ya, como una relación social, y como una relación social responsabilizadora del investigador y del investigado, dentro de la cual las posibilidades y limitaciones de la investigación misma sean debidamente reconocidas y sopesadas que uno y otro a fin de no caer ni en una actitud deificadora,

ni en una actitud desesperanzada, ni en una actitud que haga o conciba como ente demoníaco a una ciencia que, por haberse movido y moverse tan frecuentemente en un vacío axiológico, hay tantos motivos para considerar como tal.

Pero hay algo más; hay algo a lo que, desde este mismo ángulo de visión precisa conceder atención si la ciencia sociológica y más particularmente la pesquisa social han de superar la época crítica de crecimiento por la que atraviesan.

En la conexión de la que nos venimos ocupando, se trata de que nos percatemos de que si la ciencia y la investigación sociales han de obtener resultados apetecibles, es preciso que se reconozca que tras los datos y elaboraciones que como objetivos nos presentan muchas de las investigaciones actuales se encuentra implicada —y, por desgracia en muchos casos emboscada— una filosofía social sustentante y que, en cuanto se prescinde del hecho de que las cosas han sido vistas al través de tal prisma no se está tomando en consideración la forma en que las imágenes sufren distorsión al pasar por dicho medio transparente.

El planteamiento de un problema social depende de la filosofía social que se adopte; la resolución del mismo va a depender por igual de esa filosofía social adoptada. En tanto esto no se reconozca, no se reconocerá tampoco el que en cada caso, y conforme a la particular orientación filosófico-social del investigador, en la pesquisa se habrá enfatizado el estudio de determinados hechos y se habrá descuidado el de otros. O ¿seremos tan ingenuos como para creer que, sólo para mencionar algo más concreto, un materialista va a estudiar con el mismo detenimiento que un idealista los problemas de mentalidad y en especial los elementos constitutivos de una mentalidad? Nos parece que creerlo es contrario a una preocupación rigorista que busque no sólo la objetividad sino también la ulterior comparabilidad de los resultados obtenidos mediante investigaciones sociales diversas.

Hay algo que se nos ocurre puede ser similar apropiado para esta situación: el de la distinción entre números índices ponderados e índices no ponderados (o, conforme a denominación más precisa, la distinción entre números índices ponderados racionalmente y números índices ponderados irracionalmente). En efecto, olvidar la implicación filosófico-social que hay muy generalmente en toda investigación social es trabajarla —especialmente para los fines de la comparación o método constitutivamente sociológico— como si se tratara de un número índice ponderado irracionalmente; en cambio, tener en consideración la sustentación

filosófico-social peculiar de cada investigación social equivale a trabajar con números índice ponderados racionalmente; en suma, que en tanto no se ponga de relieve la filosofía que como cuerda subtiende al arco de círculo representado por la pesquisa social de que se trate, la misma no podrá compararse en rigor con otra pesquisa social, ni sus resultados podrán ser puestos en relación con los resultados de otra investigación social. Sólo en cuanto se devele tal filosofía social, los datos adquirirán su pleno sentido —esto para no hablar, porque ello resulta evidente, de las formas mismas de planteamiento y de interpretación así como de las propuestas de solución de los problemas.

Desde otro ángulo, importa que se ponga de resalte la filosofía social de la investigación o del investigador particular y concreto que la realiza si se quiere apreciar el grado hasta el cual los problemas estudiados son inmanentes a la cultura de que se trate o si por el contrario, son problemas artificiosamente contruídos por el investigador al sobreponer sus propias matrices valorativas a las matrices valorativas del grupo o de la sociedad que estudia.

Finalmente, el relevamiento de la filosofía social sustentante de una investigación social apunta hacia la conveniencia de que en cuanto la misma se realice por un equipo de investigadores, éstos compartan en grado considerable, un cierto número de creencias básicas, de comunes orientaciones hacia valores o, dicho más brevemente, una determinada orientación filosófico-social, en forma análoga a como —en otro nivel— deberán participar en el conocimiento de un cierto número de técnicas básicas, aun cuando por imperativos de la división laboral no hayan de poner en práctica sino una o un corto número de ellas. Sin la posibilidad o capacidad de realizar por sí mismo toda la investigación captando la idea de la misma —en su conjunto si no en sus detalles— y el desarrollo procesal que la pone por obra, el investigador particular de que se trate será incapaz de comprender la inserción de su labor dentro del trabajo del conjunto y, por lo mismo, de realizarla con vistas a la integración de sus resultados en un logro unitario y total; sin la posibilidad de compartimiento de ciertas valoraciones básicas con los demás miembros del equipo investigador, la investigación misma y sus resultados se convertirán internamente en la congería o amontonamiento informe que viene siendo hasta ahora el conjunto constituido por una multitud de investigaciones realizadas en el campo de lo social: amontonamiento de hechos sin conexión y, en muchas ocasiones, sin posibilidad de conexión.

En este respecto —como en muchos otros— precisa entender y entender claramente que la pesquisa social es un proceso en el que las diversas partes y las sucesivas etapas se condicionan mutuamente, algo estructural y dinámico y no un mosaico curiosamente elaborado a partir de fragmentos aportados por diferentes personas, obtenidos en diferentes formas de fuentes diversas conforme a criterios selectivos también diferentes...

*Ciencia Social y Pesquisa Social.*—Vuelto a la ruta por donde marcha Medina Echavarría, haremos observar con él, que la sociología nace en la visión constitutivo-anticipadora de Comte con la pretensión de llegar a ser una ciencia al lado de las demás ciencias y, en cuanto positiva, empírica, o sea, basada en la experiencia y necesitada por ello de la observación o de la experimentación, e inductiva por deber obtener conclusiones generales a partir de casos particulares, razón por la cual requiere de la comparación tanto sincrónica como diacrónica.

Si bien dentro de tal caracterización de la sociología se marcan ya con precisión algunos de los grandes delineados por los que metodológicamente ha de discurrir esta disciplina, no es menos cierto que, a fin de precisar cuál haya de ser su carácter —y, consecuentemente, cuál el sentido en el que deba orientarse la pesquisa social— es preciso resolver tres dicotomías metodológicas que Medina Echavarría coloca bajo los rubros de:

- I. Naturalismo o Culturalismo,
- II. Abstracción o Comprensión,
- III. Especialismo o Síntesis.

O sea, que hay necesidad de responder a las preguntas de sí:

- I. ¿Es la sociología una ciencia natural o  
una ciencia cultural?
- II. ¿Es la sociología una ciencia pura o  
una ciencia pragmática?
- III. ¿Es la sociología una ciencia de igual jerarquía o  
de superior jerarquía  
que las demás?

El primer problema tiene sentido particularmente enfocado a la luz del pensamiento de Kant, Richter y Windelband; de Kant que distingue entre el mundo de la naturaleza en el que impera la causalidad (Crítica de la Razón Pura; el hombre como ser biológico) y el mundo de la historia o de la cultura en el que impera la libertad (Crítica de la Razón Práctica; el hombre como ser moral e histórico); Rickert y Windelband que consideran que hay dos tipos de ciencias: naturales o nomotéticas, capaces de establecer leyes generales en una vinculación de causa a efecto, y ciencias culturales o ideográficas, capaces de captar lo particular o concreto (moviéndose, como se mueven, en el mundo de la libertad).

Contra el naturalismo (organicismo puro de Lilienfeld, darwinismo social de Glumpowicz y Ratzenhofer, ficisismo de Neurath) que reducía la realidad social a mero hecho natural, y contra el culturalismo (neokantiano, neohegeliano, neohusserliano, historicista) que fetichiza los valores, actualmente se acepta que lo social participa de la naturaleza y del espíritu y que, por lo tanto, la sociología es una ciencia de carácter especial que rompe la dicotomía metodológica antes apuntada.

En efecto, "toda acción social del hombre es una unidad dialéctica de acto y significación"; o sea, que todo hecho social nos entrega una o una serie de conductas humanas a las que sus actores les dan un sentido o significación. Ni el clima, ni la herencia, ni las necesidades pueden servirnos para entender y comprender lo social en su plenitud, así como no podemos explicarnos lo social únicamente sobre la base de las ideas, valores o significaciones, puesto que los primeros —para convertirse en objeto de estudio de lo social— deben encaminar al hombre o ser encauzados por él en determinado sentido, en tanto que los segundos no existen por sí mismos sino en tanto son incentivos para la acción social realizadora y en cuanto esa misma acción social los realiza.

Este es el sentido que tiene el hablar de la sociología como de ciencia concreta de la realidad, o sea, de la *Soziologie als Wirklichkeitwissenschaft*, conforme hiciera Hans Freyer quien, caracterizaba a la sociología como: 1. ciencia de la realidad, 2. histórico-cultural, 3. de fines pragmáticos.

La última de las características enunciadas por Freyer apunta certeramente a la solución de la segunda dicotomía metodológica de Medina Echavarría, quien subraya en qué forma Comte mismo consideró a la sociología como pragmática al ponerla como cimiento de una política, Marx afirmaba que "lo que importa no es saber, sino transformar el mundo". Bernard consideraba a la sociología entre las ciencias

funcionales que trabajan en la solución de problemas (oponiéndola a las ambientales que trabajan en torno de datos) y Weber consideraba que, mientras las ciencias naturales llenan su cometido al llegar a establecer leyes, en el caso de las ciencias sociales el establecimiento de leyes no es sino un medio para un fin. En suma, que autores muy diversos coinciden en resolver la segunda dicotomía metodológica en favor del pragmatismo.

Finalmente, en relación con la última dicotomía, puede asentarse que, mientras en su temprana historia la sociología trató de adquirir una jerarquía superior a la de las demás ciencias, en la actualidad, en cuanto se plantea como objeto de estudio la determinación de ¿cómo es la sociedad? se da a sí misma las características de:

1.—*analítica* y

2.—*estructural*.

Estos rasgos nos permiten apreciar su particular jerarquía dentro del conjunto de las ciencias, ya que: *a.*—por ser analítica tiene la misma jerarquía que las demás ciencias sociales que también estudian los elementos fundamentales (resultantes del análisis) de la sociedad y *b.*—por ser estructural es superior a las demás ciencias sociales, ya que estudia la trabazón entre esos diversos elementos (criterio del consenso en Comte).

De ahí que quepa considerar a la sociología como una ciencia que trabaja con la realidad social empírica, descubriendo las relaciones lógico-significativas entre elementos aislados mediante una visión anticipadora —tomada en calidad de hipótesis de trabajo— de la vinculación de esos mismos elementos, con vistas a una generalización o tipificación de dichas relaciones lógico-significativas, gracias a las cuales se pueda reconstituir estructural y funcionalmente el todo social unitario del que han sido obtenidas, y cuya modificación permita planear adecuadamente una política, ya conservadora, ya fortificadora, ya transformadora de esa realidad social problemática.

Dentro de esta concepción acerca del modo de trabajar de la sociología, nos parece que funciona como elemento central el de esa visión anticipadora de la trabazón que existe entre los elementos por investigar; pre-visión —pivotal— que se coloca, necesariamente, como etapa inicial de la pesquisa o investigación social. En efecto, en tanto falte tal forma de anticipación, el análisis que pretenda hacerse de la

realidad por estudiar no podrá menos que estar librado a todos los peligros, pero muy principalmente, al de convertirse en un descuartizamiento de la realidad social en lugar de ser, como debe, una disección de la misma que ponga de relieve relaciones orgánicas y funcionales en lugar de librar la reconstitución del todo (reconstrucción necesariamente inerte) a las simples relaciones posicionales de los diferentes trozos y no elementos de realidad obtenidos.

No se trata, efectivamente, de hacer un cuadrulado de la realidad y siguiendo técnicas de dibujante-copista que se aprenden desde que se es niño, trasladar la imagen a un plano, sino de investigarla en profundidad y dinámicamente, mostrando no sólo las conexiones aparentes (posicionales) entre los fenómenos, sino la conexión real (estructural-funcional significativa entre los mismos.

Precisa percatarse de que el mensuramiento social no sólo cuando se concibe de por sí, sino también cuando se entiende como etapa a la que ha de subseguir la interpretación no hace sino acumular datos inconexos y sólo ficticiamente conectables. Sólo cuando en la base de la investigación misma hay una comprensión y un principio de interpretación de las mismas que se ofrecen y tal comprensión e interpretación iniciales —suficientemente flexibles como para ir siendo modificadas de acuerdo con la marcha misma de la pesquisa— arrojan luz sobre los procesos —en otra forma inevitablemente mecánicos— de medida, puede hablarse en puridad de una pesquisa social orientada científicamente. Comprender interpretándola la complejidad social que se ofrece a estudio, desde la etapa inicial de la investigación, centrarse en la misma merced a tal interpretación y dejarse conducir por la pesquisa —a partir del punto elegido tentativamente como central— constituye, a nuestro modo de ver, el único procedimiento válido para hacer de la pesquisa un proceso sistematizado y no simplemente ordenado desde un punto de vista meramente pragmático.

Sólo en el grado en que se da la vigilia comprensivo-interpretativa del investigador individual o del equipo investigador en el curso mismo de la pesquisa, el desmembramiento del todo en sus partes se hará conforme a cortes naturales y no artificiales, y sólo en tal forma, en la marcha misma de la pesquisa será capaz el investigador de percatarse de la diversa acentuación que debe dar a los diversos renglones del “machote” inquisitivo.

Eventualmente, el atender a esta necesidad permitirá librar a las técnicas más específicas de investigación social (digamos ejemplificati-

vamente, el cuestionario) de una rigidez de la que, en otra forma no sería posible salvarlas. Esta necesidad nos parece patente en función de, por lo menos, dos consideraciones: 1ª— que en el momento de elaborar el cuestionario, el o los investigadores encargados de hacerlo no pueden prever todas las alternativas a las que habrán de encararse en la realidad si no en cuanto a rubros generales, si en cuanto a sub-rubros que resultarán más o menos interesantes de recoger según la comprensión interpretadora del momento que —en cuanto se trata de un equipo— todos los integrantes del equipo comparten gracias a la reiterada confrontación de puntos de vista entre los mismos, gracias a la cual es posible que toda la serie de desplazamientos interpretativos que se produzcan en el curso de la pesquisa se integren en un proceso vivo sobre el que poder regresar siempre, muy en particular en el momento de la elaboración final (para lo cual importa singularmente fechar los cuestionarios obtenidos, las entrevistas efectuadas, etc., y datar asimismo las observaciones externadas por los miembros del equipo en las sesiones de trabajo e intercambio de impresiones); 2ª *consideración*.—que aún en el caso de una previsión muy amplia, habrá siempre circunstancias subsidiarias que, al precisar la significación de ciertos casos particulares, permitirán su manipulación correcta, evitando la inutilización de ciertos datos para la elaboración final gracias a “observaciones” complementarias que dejarán de estar libradas al criterio o al arbitrio particular del investigador que las recoge y que en cambio estarán orientadas, iluminadas y contextualizadas por la actitud comprensivo-interpretativa de la etapa a la que corresponda (actitud básica que debe entenderse en su calidad de proceso de cambio entre la previa sesión de negocios del equipo investigador y la subsecuente al momento de recolección de los datos).

Gracias a la continua vigilancia hermenéutica del investigador y a la acotación temporal de los desplazamientos interpretativos, no menos que a la referencia al investigador individual (cuya ecuación personal se conoce) es posible que el equipo re-flexione sobre la pesquisa capte totalmente su significado y, consecuentemente, valore adecuadamente sus logros. Sólo esta reflexión, posibilitada por la fijación de los sub-índices “etapa interpretativa alcanzada en el momento de la recolección” y “persona que realizó la recolección” puede permitir el que, —mediante un proceso que en ocasiones puede asimilarse al de la reducción de fracciones comunes de diferente denominador a otras que tengan uno común y que en cierto respecto puede considerarse como

un proceso de eliminación del sesgo o prejuicio (*bias*)—los datos no sólo sean adecuadamente valorados y comparados, sino incluso puedan llegar a ser conjuntados convenientemente para constituir elementos de control dentro del proceso de indagación social. En lo cual parece vislumbrarse, dentro de ese mismo proceso, una posibilidad experimental y de prueba no cuantitativa de hipótesis.

La iluminación orientadora y esclarecedora de la pesquisa social puede obtenerse mediante la convergencia de dos haces luminosos en un mismo punto: el de una aproximación teórica y el de una aproximación vivencial a la realidad por estudiar. Aproximación teórica que puede consistir en un concepto de la forma en que la sociedad se organiza en torno de ciertos núcleos cordiales en función de la satisfacción de ciertas necesidades, de la realización de ciertas funciones, de un proceso psico-dinámico cultural, de una conformación mental por el lenguaje que la sociedad o el grupo hablan, de una común orientación axiológica de los miembros del grupo, conforme a las geniales anticipaciones (y teniendo siempre en cuenta los niveles distintos de realidad, no necesariamente excluyentes sino complementarios) de Radcliff-Brown, Bronislaw Malinowski, Abram Kardiner, Benjamin Whorf, Talcott Parsons, etc. Aproximación vivencial que podemos poner en parangón con lo que Lebet denomina “primer contacto global”, constituido por “observaciones, visitas, conversaciones, lecturas”, fase en la que, conforme el propio Lebet señala, se necesita anotar poco para, en cambio, “*impregnarse* profundamente” de las situaciones por estudiar, realizando las diversas actividades de este primer contacto global “*con atención, pero sin tensión*”, tensión que no será posible evitar sino cuando la tirantez se evite no sólo por parte del investigador sino se haya combatido con éxito en el investigado, o sea, hasta tanto el investigador deje de ser considerado como extraño en la comunidad o grupo en estudio, hasta tanto pueda, sin despertar reacciones desfavorables a la pesquisa misma, levantar la piel e iniciar la pesquisa o disección en sí misma; en suma, y en este último respecto, no podrá el investigador dar un paso en firme, en tanto él mismo no se haya hecho al ambiente de trabajo pudiendo moverse con desenvoltura en él, y en tanto no haya ganado la confianza de los miembros del grupo que haya de investigar hasta el punto de poder ser considerado como uno de ellos. Labor es ésta que no puede ni debe confundirse con una miserable de espionaje, ya que responde a un proceso complejo, a un esfuerzo doble de identificación-participación que convierte al investigador —durante el lapso

que dura la investigación en—un miembro del grupo— objeto de la pesquisa, y en alguien que —al propio tiempo— tiene la categoría de “observador privilegiado”

La situación compleja del investigador social dentro de esta forma de concebir su actuación en la pesquisa social misma (inicial, recuérdese, pero determinante), nos conduce de este modo a usar una terminología análoga a esa otra que —sin dejar de ser científica— es inspiradamente poética y que, en nuestra misma universidad hemos tenido ocasión de oír empleada por el físico mexicano Carlos Graeff Fernández, al referirse éste a esa ficción —a un tiempo útil y poética— de “un observador anclado en la luna” Y asentamos el parentesco de expresiones por la posibilidad que hay de que en el futuro sea fructífero...

*Pesquisa Social y Promoción Social.*—Si la ciencia social en sí misma mienta, desde su nacimiento, una orientación pragmática, la pesquisa social puede concebirse como un vector dirigido a la satisfacción de ciertas necesidades materiales y no materiales dentro de un determinado contexto cultural y social; se trata de un conocimiento determinado por y encaminado a la satisfacción y solución de necesidades y problemas de un grupo humano.

Sin embargo, la primera dificultad se presenta en cuanto se tratan de listar esas necesidades y de precisar tales problemas porque, en efecto, si bien es verdad que muchas de las necesidades y de los problemas experimentados por una sociedad o por un grupo humano lo son en cuanto sus miembros son integrantes de la especie humana y, por lo mismo, son necesidades y problemas cuya lista y planteamiento puede hacerse desde fuera, por otros hombres; en cambio existen necesidades y problemas que son tales en cuanto el grupo los define en esa forma y no antes; consecuentemente, necesidades y problemas propios del grupo en estudio, incapaces de ser listados y planteados como tales anticipadamente, o en el curso mismo de la investigación pero con criterios externos a los del grupo.

Desde este ángulo de visión nos parece interesante la referencia a la distinción que se establece entre “nivel de vida” y “estándar de vida” Según dicha diferenciación, nivel de vida sirve para designar el conjunto de condiciones reales de vida de un grupo humano, en tanto que estándar de vida designa aquellas condiciones que el grupo cree deseable, posible y justo alcanzar. Perfectamente —se nos dirá— quédese el científico con el concepto “nivel de vida” que no implica valoraciones sino adscripción

posicional en una escala y guárdese la noción “estándar de vida” para el moralista o el político. Sí, pero la pesquisa que hagamos con respecto a los “niveles de vida” de los diversos pueblos ¿qué beneficio nos reportará? Ninguno. A no ser el de dar satisfacción a alguno de los que, aún con alma de niño, gusten de exclamar “¡Ay, mamá, mira . . . si en B (aquí el nombre de un país) hay más postes de teléfono por 10 (100, 1 000, 10 000 ó un millón) de habitantes que en C”! Tontería —nos parece— porque los datos no son comparables, porque no nos dicen, ni solos ni en el conjunto que sirve para elaborar los índices de nivel de vida, a costa de qué valores internos del grupo se ha obtenido esa primacía de B sobre C en cuanto a postes de teléfono, en cuanto a refrigeradores o a qué sabemos nosotros qué tantas otras cosas más. Tontería —nos parece— porque tales índices nada nos dicen de los problemas que los miembros de B sienten y confrontan ni de los problemas que los individuos integrantes de C confrontan y sienten. Tontería —nos parece— porque estamos planteando problemas ficticios como si la humanidad fuese una y no una y diversa, como si tantos años de estudios históricos y etnográficos nada nos hubieran enseñado. Tontería —nos parece, repetimos— porque estamos juzgando a las sociedades con criterios heteronómicos y estamos valorando —sin percatarnos o sin querer percatarnos de ello— y porque, en consecuencia —también sin apercibirnos o querer apercibirnos de ello—, estamos invalidando científicamente la misma pesquisa social que aparentamos defender.

Porque si la pesquisa social ha de poner al descubierto necesidades y problemas *reales* y no ficticios deberá atender a los que lo sean para el grupo, para la sociedad o para la cultura reales y concretas que estudie, y no a los que resulten problemas (¿cabrá designar así a tales artificiosas construcciones mentales?) sólo en la conceptualización abstracta de lo que debe ser el Grupo, la Sociedad o la Cultura. Si hemos de aplicar alguna de las prescripciones de la semántica general korbzsyskiana, deberemos recordar que existen el grupo<sub>1</sub>, el grupo<sub>2</sub> . . . la sociedad<sub>1</sub>, la sociedad<sub>2</sub> . . . y que cada uno de ellos tiene sus propias matrices valorativas de los que los problemas, en su planteamiento, dependen, y no el grupo o la sociedad a secas; más aún, que es necesario hablar del grupo<sub>1</sub>, en 1946, del grupo<sub>1</sub>, en 1956 . . . que, en este caso, el índice cronológico no permite establecer una simultaneidad entre grupo<sub>1</sub>, 1946 y grupo<sub>2</sub>, en 1946 y que, incluso en el caso de que, por un proceso de defasamiento estableciéramos una ficción de simultaneidad —México año tal y tal, Estados Unidos año cual— como el intentado por Manuel Germán Parra

en la crítica al libro de Frank Tannenbaum, siempre quedaría en el aire la comparación; se habrían llegado a establecer niveles de vida que nada medirían porque la apreciación de la situación total por el México del año tal será siempre distinta de la hecha por los Estados Unidos de América del año cual, respecto de esa situación total, idéntica en apariencia. Esto, sin contar con que —y esto no hace al caso por el momento— la situación global (la de la Sociedad Humana o Humanidad, con mayúsculas) habría cambiado el contexto y, con ello, el significado de una situación —en apariencia— igual.

Introducir criterios heteronómicos en la pesquisa social es no sólo dejar sin resolver los problemas que como tales considera el grupo (resolver problemas ficticios y no reales), sino también introducir elementos importantes de perturbación (hacer nacer de problemas ficticios otros reales previamente inexistentes).

De paso, el investigador, en vez de asumir su papel de miembro temporal del grupo, observador privilegiado y potencial promotor del mismo, se habrá degradado a la condición de espía y, más aún, se habrá convertido en un agente patógeno para el grupo en estudio. Y, si hay un precepto que deba contar entre los más importantes de su código ético profesional el investigador social, éste es el que establece que “no deben introducirse conscientemente perturbaciones patológicas en el seno del grupo que se investiga”.

Puede objetarse a lo dicho el que, en esta forma, la promoción social que la pesquisa social, concebida en nuestros términos, persigue, es difícilmente asquible ya que, en la mayoría de los casos, los grupos humanos, tras adaptarse a ciertas condiciones mínimas de subsistencia (el bajo nivel de muchos grupos indígenas, de los habitantes de basureros, etc., que a menudo se traen a cuento) prefieren conservar lo que tienen a lanzarse a aventuras de mejoramiento que poco o nada garantizan. En tales condiciones —es posible que se alegue— será necesario que el problema —en su calidad de estímulo para el progreso— se introduzca desde fuera, puesto que los miembros del grupo son por sí mismos incapaces de plantearse.

La existencia de dicha necesidad responde —a nuestro modo de ver— a una concepción distinta de aquella que tratamos de captar y delinear al través de estas líneas; concepto dentro del cual, o el problema se plantea como previo a la investigación misma y, consecuentemente desde el exterior, o bien se inicia la pesquisa como una descripción o mensuramiento de una realidad social mediante una recolección de datos

que se elaboran e interpretan posteriormente, para deducir de dicha elaboración interpretada los problemas que la realidad presenta y los medios de resolución de los mismos, en cuyo caso también planteamiento y solución son externos al grupo mismo conforme a un mecanismo que, al ignorar la única dimensión dignificadora del hombre —la libertad—, cosifica a los miembros del grupo convirtiéndolos en cifras infecundas dentro de los cuadros estadísticos que, en tal forma no sirven ni pueden servir sino a un propósito descriptivo apariencial del que la verdadera estadística —la del estadígrafo percatado de la dignidad de la disciplina con la que opera— está muy lejos. En efecto, si la estadística social en particular y la pesquisa social en general han de salvarse de la burla y el desprestigio, al través del cumplimiento de su función de servicio humano no deberán olvidar nunca la decisión humana que se encuentra detrás de las cifras, entendiendo claramente, entre otras cosas, esa distinción que MacIver hace entre fenómenos distributivos, colectivos y de coyuntura según que procedan de: 1. Ponderaciones semejantes de diversos individuos, que producen actividades separadas y semejantes; 2. Ponderaciones semejantes de diversos individuos que producen una actividad concertada y unificada; y 3. Ponderaciones diversas de individuos o grupos relacionados que producen actividades de efectos no propuestos.

Si la estadística social en particular y la pesquisa social en general han de acallar las críticas a que con frecuencia se les sujeta y, más aún, si han de plantear correctamente los problemas y tener mayores probabilidades de éxito en su resolución de una problemática realidad científicamente estudiada, deberán reconocer siempre la presencia de la libertad en todas y cada una de las decisiones individuales que al concurrir producen fenómenos que la apariencia unifica, pero cuya esencia de acto social, de acto dotado de sentido, de acto decidido en relación con ciertas matrices, mantiene, en el fondo, diverso. A más de esto, deberán percatarse de la interacción entre esas formas distintas de fenómeno si quieren obtener o aproximarse a los resultados que buscan.

Pero, sea cuales fueren los resultados diversos de las decisiones individuales que hayan de estudiar la estadística social y la pesquisa social, ambas *deberán reconocer siempre esa presencia de la libertad* que, como hazaña de todos los días, realizada por todos los hombres, mantiene en marcha el proceso de la historia, dándole a la realidad social el peculiar dinamismo del que en otra forma queda privada dentro del frío ataúd de las cifras.

Es así como, mientras fuera de ese reconocimiento las cifras carecen de facultades genésicas, dentro de él no sólo puede captarse el proceso de desarrollo que lleva de un estado a otro, sino que es posible depositar en ellas el semen fecundante del cambio; de esta forma, hierne la luz otra de las facetas de nuestra concepción de la pesquisa social como “relación interpersonal al través de la cual el investigador se informa y forma (educativamente) al investigado” Bajo ese mismo haz luminoso, la pesquisa social nos parece que no es ya sólo instrumento de autodeterminación conforme al señalamiento muy oportuno combativo de una actitud enajenada o colonial hecho por Guerreiro Ramos en las páginas polémicas de su *Catilha Brasileira do Aprendiz de Sociologo*; no ya sólo como Guerreiro Ramos quiere —y quiere bien a pesar de todo— por un reclamo externo (exigencia de autodeterminación política), sino que es instrumento de autodeterminación muy principalmente por un reclamo *interno* de la pesquisa social misma, reclamo que, de no ser atendido, invalidará a la pesquisa social en cuanto tal.

“Relación interpersonal al través de la cual el investigador se informa y forma educativamente al investigado” significa también para nosotros —en cuanto la educación implique poner al educando (en el sentido más amplio aunque menos usado del término) frente a una serie de alternativas por las que optar orientándolo en sentido propicio para el enlace con el proceso de desarrollo y autorrealización— un enriquecimiento valorativo, así como una ampliación en el horizonte de las opiniones, en el de planteamiento de problemas y de responsabilización para resolverlos.

En parvo decir, que si la pesquisa social ha de cumplir no sólo con su tarea de servicio humano, sino de realización de sí misma, debe hacerse pasar por ella un soplo de libertad que haga lo que el hálito divino de la tradición bíblica con el barro: insuflarle vida haciéndole devenir humano.